

Vivir en Pareja,

un desafío al Narcisismo (síntesis)

Manfredo Teicher

El objeto de nuestra investigación es una pareja que se compone de dos personas, de dos seres humanos.

Estos personajes han evolucionado desde que los primeros humanos aparecieron sobre la tierra.

Nada parecen tener en común el hombre de hoy con aquellos ancestros.

Sin embargo, debajo de un manto cultural que sí ha ido cambiando a través de la historia, se ocultan aspectos inmutables de la naturaleza humana. Aspectos que caracterizan a la especie en cualquier momento de la historia y en cualquier lugar del planeta.

La capa cultural que da forma a su esencia, es producto de su exclusiva habilidad e inteligencia, que fue y sigue desarrollando una asombrosa tecnología modificando continuamente la relación con el entorno, mientras permanecen inmutables ciertos principios básicos de esa relación, donde privilegiamos la relación con los otros semejantes.

La hipótesis que planteamos es que la base inmutable consiste en una singular pulsión narcisista que defiende los intereses de su dueño, en constante conflicto con sus semejantes, de los que no puede prescindir y que tienen las mismas aspiraciones.

I.- Reflexiones sobre la Convivencia, la dependencia y la competencia, en la pareja.

De La Convivencia.

La necesidad de convivir plantea serias dificultades. El problema (las dificultades en la convivencia) surge de una naturaleza humana que se inclina a apoyar las pretensiones del narcisismo arrogante y prepotente infantil en su conflicto con otros semejantes que tienen la misma aspiración.

La necesidad de ser aceptado para convivir en la sociedad humana, obliga a todos al control de ese aspecto del narcisismo convirtiéndolo en un narcisismo socialmente adaptado, dispuesto a tolerar la frustración, respetar al otro, colaborar con él y ser solidario. Pero al mismo tiempo, todos compiten constantemente para obtener suficiente poder que permita relajar los controles e imponer a los otros sus caprichos, sometiéndolos.

Es difícil de aceptar que la condición humana generalmente oculta bajo un manto de elegante hipocresía unos rasgos perversos que son fáciles de negar:

Despertar envidia en otros produce una íntima satisfacción que es conveniente ocultar.

Sentir envidia a otros, duele, lo que también conviene ocultar, ya que eso aumentaría el placer del que logra estimular esa envidia, lo que aumentaría la propia envidia, o sea, el dolor.

Ocultar y tergiversar los sentimientos y/o pensamientos, suele llamarse hipocresía, mientras la moral cultural exige la verdad y la sinceridad.

Dado lo complicado y contradictorio de esta realidad, la cultura humana impone un tácito pacto de silencio: de todo esto es preferible no hablar. Y negar (mentir y mentirse) es muy fácil.

Así se ha formado y sigue formándose, ese aspecto escindido de la personalidad que llamamos Inconsciente y cuyo descubrimiento fue la tercera herida al narcisismo que Sigmund Freud infligió a la humanidad.

La fantasía es un parque que, como las plazas en las ciudades, oxigena el espíritu. Freud, a través del Psicoanálisis, nos muestra un sujeto que se resiste a conocer su propia realidad interior. Nuestra conformación psíquica nos ha dotado de mecanismos tales que podemos convencernos que enfrentamos la verdad, cuando en realidad adaptamos a ésta a los caprichos de nuestro narcisismo. Dueño y señor de nuestra conducta, al que preferimos ocultar, aún a nosotros mismos, porque sabemos muy bien que nadie tolera los intereses narcisistas ajenos, cuando chocan con los propios. Gracias a una asombrosa capacidad de autosugestión, que significa: mentirnos convencidos que somos sinceros (por lo menos con uno mismo) podemos poner en práctica los llamados “*mecanismos de defensa*” que nos protegen de la angustia, un miedo inespecífico que pone en peligro nuestra salud mental.

Por medio de la *negación*, “No es cierto, no es verdad, no es así” cualquier verdad se convierte en mentira.

Por medio de la *proyección*, vemos fácilmente en otros, rasgos perversos que todos tenemos, pero preferimos ocultar los propios.

Por medio de la *idealización* podemos agregar o quitar a un sujeto o a un grupo, lo que le falta o le sobra, para hacerlo perfecto. Perfectamente bueno o malo, según lo que conviene a nuestro narcisismo.

Por medio de la *racionalización* podemos defender o demoler cualquier idea. Nuestra inteligencia se convierte de ese modo en una extraordinaria fábrica de argumentos, a favor o en contra de cualquier realidad, siempre en defensa del narcisismo personal.

La condición humana nos impone un egoísmo a ultranzas, mientras podemos declamar que defendemos emotivos intereses altruistas.

Creo que en la biblia está escrito: *Es más fácil ver la paja en el ojo ajeno, que la viga en el propio.*

La elaboración del Complejo de Edipo, la socialización de la criatura humana, equivale a la internalización de pautas culturales, en una educación intermediada por la familia. Esta educación, casi exclusivamente práctica, o sea, más allá de lo que se dice, se vive. Antes de comenzar su educación oficial, toda criatura ya ha aprendido que hay gente que manda y gente que obedece. Ya tiene noción de las clases sociales.

Las pautas culturales conforman una Ley que intenta normatizar los vínculos de los miembros de una comunidad. Una Ley que contiene “licencias” por las que, en determinadas circunstancias y frente a determinados semejantes, no rige la ética que la Ley y la cultura dicen defender. Nuestro discurso cultural generalmente oculta con elegante hipocresía lo que nuestra actitud cultural señala.

La competencia narcisista que lucha por el poder de una arrogancia ilimitada y por la sumisión incondicional de los objetos significativos que componen el grupo de pertenencia (en este caso, la pareja, o sea, el otro) puede convertir la cotidianidad del ser humano en una guerra sin cuartel. Lo que llegaría a convertir al intento esquizofrénico de salir del campo y evitar esta competencia, como una defensa válida si no fuese que la naturaleza humana tampoco tolera quedar al margen de este “deporte” (de la competencia narcisista: ¿quién es más importante?).

A pesar de que en algunos momentos es necesaria y por lo tanto buscada y anhelada (para descansar y reponer fuerzas para la próxima “batalla”) la soledad es en general muy temida, resultando intolerable por mucho tiempo. Haber logrado desarrollar una comunicación digital (el lenguaje con el que nos comunicamos) sumamente sofisticada, es un motivo de orgullo para la inteligencia humana ya que hizo posible el desarrollo de una asombrosa tecnología. Lamentablemente también introduce la mentira y otros ingredientes perversos en el vínculo humano.

De La Dependencia.

La necesidad de recibir el reconocimiento positivo de un objeto significativo convierte al animal humano en un ser eminentemente social. Esto resulta indiscutible en los primeros años de vida por el largo período de indefensión en que nacemos. Sin el reconocimiento de los padres, o alguien dispuesto a ejercer ese rol, ninguna criatura podría sobrevivir.

La adolescencia trae el incremento del llamado de la naturaleza a la reproducción, acentuando el deseo de ser deseado (como objeto sexual) por aquél que logra despertar ese deseo.

La necesidad de ser valorado por algún semejante que se ha convertido en un objeto significativo para el sujeto, o sea, ser importante para alguien que es importante para uno, podrá tomar distintas significaciones a lo largo de la vida de acuerdo a los cambios que las diversas circunstancias van imponiendo pero crean una fuerte dependencia entre los miembros de una comunidad. El cuerpo ha llegado a un inquietante desarrollo. Cada sexo tiene rasgos particulares que definen, con su presencia, la evolución de la identidad. La nueva imagen impacta con fuerza. Despierta la admiración y un excitante deseo en los otros. Esto eleva la autoestima hacia una sensación de poder, que a veces es embriagadora pero también motivo de ansiedad.

Los atributos femeninos continúan siendo imprescindibles para la reproducción, una de las finalidades básicas de la pareja. Mientras que la fuerza física del hombre fue superada por una tecnología que la habilidad y la inteligencia humana lograron desarrollar. La competencia (definir quién es más importante) inevitable ingrediente de la convivencia, cuenta con diversos elementos de cada lado. La lucha de los sexos, en este sentido, es una de las guerras más dramáticas. Pero en teoría también es posible una agradable convivencia solidaria, en la que ambos colaboren y compartan proyectos para su mutua satisfacción narcisista (obtener un lugar importante en la sociedad).

El atributo natural masculino (la fuerza física) fue probablemente el instrumento que permitió imponer una cultura falocéntrica. El hombre sometió a la mujer y la relegó a tareas despreciadas por él, mientras se reservaba puestos más valorados por esa cultura. Llegó a rebajar la condición femenina con ritos y leyes, que no señalan otra cosa que el miedo del hombre a la mujer. La mujer tal vez obtuvo algún beneficio secundario de esta situación, sometiéndose a los caprichos de su “señor”.

La naturaleza humana se encuentra naturalmente motivada tanto para reproducirse como para convivir, pero no tanto como para respetar al otro en esa convivencia. Su razón encuentra en la convivencia pacífica, en la colaboración productiva y en el respeto al otro, las normas convenientes para una vida más saludable. Esta conveniencia, que la razón convierte en anhelo, choca con un serio obstáculo: el deseo narcisista de ser el mejor, el más grande, el que tiene el derecho a que los demás, todos y cualquiera, estén a su disposición incondicionalmente. Este deseo narcisista es un elemento estructurante de cualquier criatura humana, a pesar de la cuota de irracionalidad que introduce y que hace que muchos lo nieguen. En realidad, la naturaleza incluye, como ingredientes de la esencia humana, tanto ese deseo narcisista como la capacidad de razonar y reflexionar sobre cualquier problema. Pero, como fuente de motivación instintiva, le da mucho más poder a la ilusión y a la fantasía que a la razón reflexiva. El pensamiento mágico busca la completud y la inmortalidad, que la razón señala como imposibles, y presiona para tomar el mando de la conducta humana. El hecho de que la mayoría de la gente niegue este hecho parece demostrarlo, teniendo en cuenta la religión, los nacionalismos y el enamoramiento.

Lo que hace de la convivencia un problema es que los demás no se prestan dócilmente a satisfacer los caprichos de uno. Y acá debe intervenir la razón para frenar y controlar la hostilidad que surge por tal afrenta al narcisismo. *“¿Cómo? ¿Acaso no soy divino?”*

Un vínculo de pareja es una lucha constante hacia adentro y hacia afuera. En esa lucha, la arrogancia narcisista compite con la necesidad narcisista de contar con el reconocimiento positivo del otro, convertido en objeto significativo. El que logra hacerse desear como objeto sexual tiene más posibilidades de ganar en este conflicto.

Al ser el objeto del deseo, ya recibe el reconocimiento positivo del otro por ese hecho y ha logrado crear una dependencia.

Ser el objeto deseado otorga el poder de decisión respecto a la respuesta que el objeto deseante espera: *¿le dará el gusto o se lo negará?*

El conocimiento de la sexualidad humana es conveniente, ya que es un ingrediente fundamental en la vida de una pareja. Hay hombres que todavía están ingenuamente convencidos de que la mujer es un instrumento cuya función en el campo sexual es el placer del hombre. Desconocen, por falta de información y no por mala fe, el orgasmo femenino. Y hay mujeres que están también convencidas de lo mismo.

La descarga sexual es la vía más saludable para canalizar la hostilidad por las frustraciones cotidianas. Si encima se agregan las frustraciones de una vida sexual insatisfecha, el círculo vicioso de frustración, hostilidad y más frustración se hace intolerable y puede tomar el camino de las distintas patologías.

Negarse a mantener relaciones sexuales es tan dañino como mantenerlas sin disfrutarlas. *¿Cómo hay que encarar las situaciones en las que uno solo defiende la actividad sexual de la pareja y el otro, o bien se ofrece como objeto sexual y sufre en lugar de disfrutar, o bien se niega totalmente a la actividad sexual compartida? ¿Cómo evitar que el sexo pueda ser usado como arma, negándose o imponiéndolo?*

El respeto mutuo debería incluir el respeto a las necesidades sexuales del otro, tanto como a las de uno. Para eso es necesario conocerlas y desprenderse de prejuicios perjudiciales, lo que requiere conocer la sexualidad humana, que la divulgación de la ciencia ha puesto al alcance de todos.

Las pautas culturales han pervertido en forma lamentable ciertas leyes naturales. Según los dictados falocéntricos y machistas, es el varón el que siempre tiene que estar dispuesto y tener ganas. El deseo sexual pertenece a ambos por igual. Si el hombre debe mostrarse siempre dispuesto, lo hará, pero de tal manera que su compañera, si antes de la manifestación del varón tenía ganas, ahora tendrá ganas de rechazarlo. Él se sentirá ofendido, justificado en la descarga de odio hacia ella y satisfecho de haber intentado cumplir con su rol de hombre. Si la mujer manifiesta su interés comenzando el cortejo, tal vez asuste a su compañero, que puede no estar preparado para esta alteración en las reglas del juego. La mujer puede haber internalizado durante su socialización pautas culturales que entren en conflicto e inhiban su natural deseo sexual. En este caso, le será muy fácil hacerse desear.

Lo conveniente sería que el comienzo del cortejo parta indistintamente de ambos, en forma más o menos equitativa. Es un ideal nada fácil de lograr, si el que es invitado siente la exigencia de tener que acceder.

Ser deseado como objeto sexual es el reconocimiento más importante que una persona puede recibir de otra. A veces, esta postura ideológica es lamentablemente tergiversada por una equivocada y dañina educación. Aprovechar el reconocimiento para abusar del poder de decisión que otorga, puede alentar a renunciar al placer más sano e importante, con el daño consecuente que esta renuncia posibilita. Hacerse desear para ser valorizado por el otro debe ayudar a mantener el interés en compartir y disfrutar mutuamente los momentos valiosos.

Dos personas forman una pareja, de amigos, de socios o, con la intención de formar una familia. Mientras esta pareja continúa siéndolo, ambos son sujetos y objetos significativos mutuos. La autoestima de ambos depende del reconocimiento que otorguen y obtengan al y del otro. La dependencia es tanto más intensa cuanto más dure el vínculo. Esta dependencia, mejor dicho, la necesidad del reconocimiento que genera esta dependencia, es la razón principal de la constitución de cualquier pareja. La ilusión de contar siempre con la valoración del otro. En el caso de una pareja que tiene la intención de formar una familia, el reconocimiento incluye el terreno sexual y la reproducción, lo que aumenta la dependencia mutua.

Así como suele escucharse el *a mí no me interesa el qué dirán* de lo cual muchos logran autoconvencerse, es fácil negar la dependencia que el vínculo de pareja va creando e intensificando con el tiempo. Lo molesto de la dependencia es el abuso que se tiende a hacer del poder que otorga. Narciso obtuvo ese poder por sus atributos naturales: juventud y belleza. Y se dio el lujo de rechazar (reconocimiento negativo) a todo aquél que lo convirtió

(a Narciso) por sus atributos naturales, en objeto altamente significativo del que se esperaba el reconocimiento positivo: ser deseado o, por lo menos, ser valorado. La tendencia al abuso de poder es universal. Mantener el control de la conducta (respetar al otro, en lugar de despreciarlo) para una mejor convivencia es un gasto de energía que resulta, si no recibe pronta y adecuada respuesta, frustrante para nuestra parte infantil prepotente (oculta en el Inconsciente) lo que puede elevar la tensión a niveles difíciles de soportar. Con suficiente poder se podría contar con el reconocimiento positivo garantizado de aquellos a quienes se pudo someter. Cuanto mas poder, mayor es el campo que abarca el reconocimiento que se puede imponer. El poder es tan frágil como un castillo de naipes al paso del tiempo (sea un minuto o un siglo) pero mientras dura, es una temible tentación de disfrutar del placer que produce su abuso, ya que libera al sujeto de la exigencia social de controlar su conducta para con los demás. El Superyo (si pretende defender los intereses de los otros) poco puede hacer frente a la presión de un Ello maníaco, debiendo colaborar mediante sutiles racionalizaciones a rechazar el juicio de perversión que el abuso de poder merece. Toda pareja se encuentra con un conflicto inevitable cuyo resultado tiende mas bien al dolor, a la angustia y a la hostilidad, que están muy lejos de lo que cualquier sujeto espera. Por un lado está una intensa dependencia y por el otro una intensa competencia en la lucha por el poder. El miedo al rechazo y la venganza por los posibles rechazos recibidos, lo que puede ser producto de valoraciones subjetivas erróneas, pueden comenzar un camino sin retorno donde la ruptura del vínculo aparece como la salida mas fácil. El placer que implica la descarga de hostilidad (que no es elegante reconocer) acentúa la dificultad de acceder a una salida conveniente: una mesa de paz, que, en el fondo ahora reprimido, ambos desean y necesitan. La convivencia sadomasoquista, convertida en vicio de convivencia surge casi espontáneamente después que el hermoso estadio del enamoramiento (si lo hubo) ha sido “curado” por su remedio específico e infalible: el paso del tiempo. Un vicio es un placer momentáneo que, tiempo después, acarrea dolor. En el momento de la escalada masoquista, el placer de la descarga de rabia levanta la autoestima; uno se siente muy importante, con la ilusión de imponerse al otro y someterlo, lo que a veces sucede. Pero generalmente lo único que se consigue es que el otro espera el momento de poder vengarse, sintiéndose muy justificado a ello. Al poco tiempo, ambos están justificados a ver un despreciable enemigo en el otro. “¿Porqué voy a ceder? ¿Siempre tengo que ceder yo?”. Es preferible alguien con quien pelear, antes que la soledad, más temida y dolorosa. La autoestima puede descender a niveles tales que el hecho de que alguien esté dispuesto, aunque más no sea a pelearse con uno, implica una forma de reconocimiento, que eleva la autoestima. En este sentido, muchos saben lo temible que puede resultar el silencio como respuesta.

Dado que el odio y el desprecio fueron alguna vez cariño y respeto, pueden volver a serlo. Es posible una convivencia más amable, pero la condición es un gran esfuerzo por parte de ambos. Se hace necesario tolerar, comprender y, lo más duro, renunciar a los sueños irrealizables, resignándose a lo posible. Aunque no surja espontáneamente, el resultado justifica el esfuerzo. *Muchas veces, vale la pena, ceder.*

De La Competencia.

La criatura humana se siente motivada por su naturaleza narcisista a competir para ganar. ¿Qué? La admiración, la valoración, el deseo, de aquellos que han conquistado el deseo del sujeto convirtiéndose en objetos significativos (importantes) para él. Esperando este resultado, competimos en cualquier terreno que podamos. Llamar la atención, ser valorado y ser deseado por el objeto significativo (a su vez deseado) es el momento que traducimos como felicidad. Ganar, implica alegría y mayor status; perder, significa el rechazo y la marginación seguida de una inevitable depresión.

El deseo es ganar siempre, lo que resulta imposible. Perder en la competencia, sea la que fuere, suele ser una herida narcisista muy dolorosa capaz de provocar estallidos de furia, si la tolerancia a la frustración es mínima por

cualquier circunstancia. Normalmente se aprende a tolerar esta frustración, o sea, a controlar al Ello caprichoso y prepotente (al Inconsciente).

Los riesgos de la competencia son varios. Perder, puede generar la furia, la melancolía, la marginación o aún la muerte. Si hay tolerancia a la frustración, ésta puede resultar un buen motivo para aprender a competir mejor o a cambiar el terreno de la competencia, evaluando mejor la predisposición y la habilidad, sea la ya adquirida o la residual (en el caso de la vejez) del sujeto.

La competencia puede ser agradable y productiva (sublimada) respetando el narcisismo ajeno, o perversa, despreciándolo. La meta es lograr un lugar digno en la sociedad (status) y/o despertar el deseo del objeto significativo. Ambas metas pueden coincidir o entrar en conflicto. Para el adolescente, suele ser primario lo segundo, pudiendo ser despreciado el resto. El Deseo del adolescente se dirige a un objeto significativo idealizado. El Deber suele ser causa y consecuencia de convertir al grupo de pertenencia en objeto significativo y es éste (el grupo de pertenencia) el que define cuál es el deber a cumplir.

A través del tiempo se ha convertido en un símbolo de la valoración social, el dinero y la valoración social es el reconocimiento positivo donde la sociedad es el objeto significativo altamente privilegiado. Por lo tanto una meta fundamental de la competencia social, es el dinero que permite disfrutar de la exuberante tecnología desarrollada, adquiriendo los infinitos objetos que otorgan su categoría al status, una vez que se han logrado cubrir las necesidades primarias de supervivencia, como la salud y el hambre. Con la movilidad social que posibilita la democracia (valioso avance) y la sofisticada tecnología que el ingenio humano ha desarrollado, la competencia no tiene límite y, lejos de liberar, mas bien aumenta la alienación con sus pretensiones sin fin.

El dinero que se obtiene por el trabajo personal es el reconocimiento que la comunidad, convertido en objeto significativo, otorga. Para una amplia mayoría, bien notorio en los países en desarrollo, este reconocimiento resulta significativamente negativo. El poder adquisitivo de los magros importes que se logra juntar, es una frustración que se convierte en puerta de entrada a la patología donde la actitud perversa quizás resulta el menor de los males. El desprecio que encierra esta respuesta de la sociedad, la hostilidad que genera, comienza un proceso donde la locura social, la guerra y el genocidio están en el extremo de un camino de corrupción social que a nivel individual puede traducirse en alcohol, droga, prostitución, estafa, robo, locura o suicidio.

Para los dueños del poder, la frustración que abre la puerta a la patología, es la ambición desmedida ilimitada: que lo que se obtiene nunca es suficiente. La envidia que logran despertar, no alcanza para aplacar la voracidad humana.

En la cúpula de la pirámide social, la competencia entre los jefes produce una lucha sin cuartel con cualquier resultado. Los del mismo grupo, como los de la misma familia mafiosa, están en las primeras filas de una cruel y dramática guerra no declarada contra las otras "familias".

El narcisismo tiene dos terrenos privilegiados: la valoración social del grupo de pares y el deseo (reconocimiento positivo) del objeto a su vez deseado.

El rechazo social es una frustración que, como toda frustración, produce una violenta reacción del narcisismo infantil que no tolera la frustración. El Yo (nuestra parte consciente) intentará mantenerse en la Ley defendida por el Superyo y reprimir los impulsos antisociales para lo cual, si es posible, usa como defensa la sublimación: convertir la energía de la rabia en un esfuerzo para una mejor adaptación. Su tolerancia a la frustración depende del poder de estas fuerzas. Si logra controlar a la criatura rebelde, normalmente encerrada en el Inconsciente, o no. Pero si la realidad insiste en situaciones frustrantes, por ejemplo, que la familia reclame a través de sus necesidades un apoyo económico que su trabajo no logra, o, si está en los altos niveles de la pirámide pero igualmente se siente rezagado en la competencia social, será cada vez mas difícil frenar los impulsos hostiles, pudiendo aún recurrir al alcohol, a la droga, para aturdirse y no pensar en esa realidad. La hostilidad terminará por romper los diques morales y aparecer en escena de diversas maneras. La hostilidad vuelta contra el sujeto

producirá la enfermedad psicosomática, la locura (que es una de sus facetas) o el suicidio. Contra los otros aparece la conducta antisocial que, fácilmente, puede encontrar en la solidaridad de un grupo de pertenencia socialmente marginado (de los que abundan) o exclusivo (para los que están en los altos niveles de la pirámide) el apoyo necesario para diluir los frenos morales, lo que el alcohol y la droga realizan por otros medios. Dentro del ámbito familiar, la descarga de odio suele producir un infierno mas o menos encubierto por sutiles “pulseadas” que se mantienen a nivel gestual y verbal (una lucha por el poder todavía soportable) o manifiestas y crueles batallas campales. El desprecio al otro semejante es la contraseña para justificar la conducta hostil hacia él, en muchas formas, siendo la lucha de clases (el desprecio a las clases inferiores) la mas habitual. De esta forma, la situación social justifica actitudes que producen esa situación social, cerrando un círculo vicioso que la criatura humana no está en condiciones de romper.

Toda la sintomatología mencionada puede ser producida por razones que nada tienen que ver con la situación social (no todas las frustraciones se originan en el campo económico), pero la situación social puede justificar la hostilidad que produce por las injustas frustraciones que impone. Es el consenso social el que define lo que es justo o injusto.

Reclamamos a la familia la responsabilidad de criar a los nuevos miembros de la comunidad. Pero si el ambiente social no es capaz de asumir la responsabilidad de imponer una justicia social en su medio, éste será el caldo de cultivo donde la perversión y la locura estarán a sus anchas.

A nivel individual, la responsabilidad principal en cuanto al control de la hostilidad se refiere, recae sobre la tolerancia o la intolerancia a la frustración, siendo las series de experiencias históricas individuales las que dictaminan el resultado. Y decidir entre la justificación o la condena de una actitud hostil no siempre es una tarea fácil.

La furia, la enfermedad psicosomática, la melancolía, así como un muy molesto sentimiento de envidia, resultan precios muy altos que la competencia obliga al sujeto, a pagar. Estos son argumentos que conducen a la renuncia de toda competencia, a la automarginación, buscando la ayuda en el alcohol, la droga, la locura o aún en el suicidio. La naturaleza humana tiende a la competencia en todo nivel resultando una dolorosa frustración no poder intervenir. Sin embargo, el miedo producido por continuos fracasos ya sean vividos por el sujeto o vistos en otros, alientan a buscar la forma de evadirse, debiendo aceptar para ello caminos que el consenso también rechaza.

Compartir, es una actitud socialmente valorada. En cambio, la competencia, como conducta natural, es aceptada con determinadas reservas. Y fácilmente criticada por la moral. El deseo de competir y ganar siempre, es tan intenso en el ser humano, que se puede definir al ser humano como un empedernido jugador. Como es imposible ganar siempre, la frustración por el hecho de perder en la competencia, se presenta continuamente y causa un profundo dolor contra el cual surge el odio como justificada respuesta. Pero justificada solamente para el sujeto y, en el caso de un adulto, las normas internalizadas y defendidas por su Superyo, tienden a reprimir este odio que suele manifestarse en forma de envidia, aspecto del odio que corroe las entrañas (mundo interno) al no poder expresarse en el mundo externo.

“Ganar o perder da lo mismo. Hasta que perdés”

En determinadas circunstancias, el hecho de competir, es aceptado y hasta valorizado. Ser importante es, a veces, mas valioso que ser querible. O, se es querible, si se es importante. Y se es importante, si se gana. En el deporte se acepta la competencia y se intenta controlar la envidia forzando convertir a ésta en admiración: el buen deportista, si pierde, debe rendir sincero homenaje al ganador. Y el ganador no debe hacer alarde de su triunfo. La guerra es un ejemplo mas dramático. Se exige competir y ganar al enemigo, matándolo. Aquí es el miedo el que debe ser negado.

Hay pautas culturales universales que imponen el respeto hacia el otro semejante. Lo que quiere decir que se debe dar un reconocimiento positivo a todos los otros. También hay pautas culturales que introducen ciertas

“licencias”: en determinadas situaciones y a determinados “otros”, el reconocimiento positivo puede tener algún ingrediente despectivo.

Llamémosla lucha de clases, lucha por el poder o competencia narcisista, ésta consiste en definir quién tiene los derechos y quién los deberes. Quién manda y quién obedece.

Podemos ver una clara división de la especie en aquellos que quieren (una administración racional del potencial humano, una justicia social) pero no tienen ningún poder para imponerla. Y aquellos que sí tienen el poder, pero no quieren. A los que hay que agregar, aquellos que ayer no podían y que hoy pueden, pero ya no quieren.

El amor, que según el tradicional mito sostenido por la cultura, cura todos los males, impone una actitud: la de conquistar al objeto amado. La ilusión de lograr la completud, o de que el otro, una vez conquistado, será incondicional, produce el deseo de esa conquista.

El amor atraviesa un proceso. Con un comienzo, un desarrollo y un final. Comienza con un hecho externo real, la presencia de un objeto con determinadas características. Y otro interno: la necesidad, convertida en deseo, de alejarse del dolor y acercarse al placer. El encuentro de estos dos elementos produce lo que se llama enamoramiento o, si es muy intenso, pasión.

Mientras el amor dura, la razón es un esclavo débil. El amor es posesivo, egoísta. No da lugar para terceros y busca la rendición incondicional del objeto amado.

El proceso continúa con distintas variantes. Al objeto elegido puede o no pasarle lo mismo. La realidad, en la que el tiempo es una constante implacable, se impone a la ilusión. La completud ha sido sólo una ilusión y entonces la frustración se instala, con sus secuelas.

El enamoramiento señala que hay un otro; el amor, que hay un sentimiento. No hay uno sin el otro. El amor reclama la presencia del objeto en forma incondicional y exclusiva.

El amor, ¿respeto al objeto de su amor? Si es correspondido, esto puede ser así, pero con serias limitaciones. Si el enamoramiento es mutuo, uno acepta ser un esclavo del otro. Esto consiste en preocuparse solamente por gratificar su narcisismo.

El respeto podría incluir la tolerancia, que aquí no tiene lugar. Freud mencionó que solamente en dos ocasiones no se tolera la excusa por llegar tarde o el olvido de una cita. Una es el servicio militar y otra, la cita de amantes.

La ilusión, sea por el choque con la realidad o porque fue vencida por el tiempo, cede su lugar a la frustración. El amor dura lo que dura la ilusión. Si el otro no logra ser seducido, si no se logra poseerlo, la frustración convierte el deseo de posesión en peligroso deseo de destrucción. Se impone un duelo para recomponer una autoestima seriamente dañada. Si el otro es poseído, la realidad se encarga de anular, con el simple paso del tiempo, la ilusión de completud.

El enamoramiento es un estado de profunda perturbación, que no puede evitar el encuentro con su remedio infalible, el paso del tiempo, siempre dispuesto a curarlo espontáneamente. Llegado el fin de la ilusión, se abre una encrucijada donde lo más conveniente sería hacer negociaciones de paz:

“Tú me puedes hacer la vida insoportable. Yo te puedo hacer la vida insoportable. Tú puedes serme muy útil. Yo te puedo ser muy útil. ¿No es más conveniente y agradable compartir y colaborar uno con el otro, ser solidarios?”

La habilidad y la inteligencia de la criatura humana han logrado desarrollar una cultura singular, que justifica su orgullo por la distancia que la separa, en este campo, del resto de la escala zoológica. Lo que los demás pretenden de un ser humano es que demuestre esa capacidad.

Pretendemos que una persona se destaque a través de lo que entendemos como realización personal. “Realización personal” es un nombre que le damos a ganar, a través de la competencia con los otros, un lugar de cierta importancia en la escala social que está determinada por una serie de valores donde se juzgan, además de la juventud y de la belleza, la habilidad y la inteligencia.

La ética que la cultura desarrolla a través de la historia pretende encauzar esa escala de valores, tomando en cuenta conceptos como el de “justicia social”, que diferencia una competencia que respeta a los otros de una competencia que los desprecia.

Pero el narcisismo infantil, arrogante y prepotente, no toma a la ética en consideración; se fascina con la juventud, la belleza y el poder que otorga el consenso. No toma en cuenta si la habilidad y la inteligencia instrumentada para obtener tal poder estuvo reñida con la ética o no. Es el narcisismo maduro el que intenta someter al sujeto a la ética; tarea nada fácil, a pesar de las licencias culturales que la cultura introdujo.

Si estamos convencidos de la conveniencia de la realización personal de una persona, podemos obtener en la pareja tanto un extraordinario apoyo como el sabotaje más drástico.

Por las razones que fueren, la vida humana está lejos de ser un camino fácil y la mayoría de los seres humanos no nos conformamos con sobrevivir solamente. Pretendemos vivir “bien” y, por lo menos en teoría, defendemos el derecho de todos a una vida “digna”.

Cualquier interpretación que le demos a los conceptos de vivir “bien” y vida “digna” incluye el vínculo con algún semejante en su definición, lo que impone una dependencia de los demás y convierte al grupo de pertenencia en una institución imprescindible y a la pareja en su representante privilegiado.

Pero el narcisismo infantil que alberga nuestro Inconsciente es un obstáculo muy serio para que un grupo humano pueda disfrutar de una convivencia amable. El resultado concreto es que la vida social es un escenario donde rige la ley del más hábil, que compite por obtener más y más poder para abusar de él cuando puede y someter a los que no llegaron a su “altura” o someterse a los que lo superaron.

Los humanos reconocemos con mayor o menor dificultad la necesidad que tenemos de los demás. Los halagos narcisistas, merecidos o no, son imprescindibles para la salud mental. Al ser el compañero en la pareja un objeto muy significativo, su reconocimiento tiene un peso decisivo que incrementa o compensa las frustraciones que la competencia social suele producir.

En esto consiste el apoyo mutuo que la pareja puede brindar: compensar con las gratificaciones narcisistas otorgadas al otro, las frustraciones narcisistas que la cotidianidad impone. Como razonamiento es muy simple y claro, pero la realidad lo rebate y convierte el apoyo mutuo en una meta muy difícil de cumplir.

Muchas veces, la causa de esa dificultad es que la competencia social va demasiado bien y el sujeto cree que puede llevarse el mundo por delante, por lo cual no tiene por qué soportar al otro, ya que puede conseguir que personas mucho mejores estén a su lado. Otras veces, los fracasos sociales generan una hostilidad que se descarga contra el que uno más necesita.

Teóricamente, esto significa que la pareja debería reprimir constantemente las ilusiones que la fantasía no deja de crear y resignarse a las limitaciones de lo posible.

La existencia de muchos posibles competidores sabotea la confianza mutua, por la ilusión que se puede crear de que fácilmente es posible reemplazar al otro, lo cual puede ser muy cierto. El resultado del rápido intercambio puede resultar dramático y quizás nunca se conozcan de este modo las ventajas que a la larga produce el esfuerzo de defender la continuidad de la misma pareja.

II.- Cambios que la cultura impone.

Llamativos cambios ha impuesto un orgulloso desarrollo tecnológico.

a)- Este ha mejorado sensiblemente el estado de salud de la población y la disminución de la mortalidad infantil. El término medio de vida hoy está alrededor de los 70 años y la población mundial supera los 6.000 millones de habitantes.

La automatización disminuye la necesidad de mano de obra, mientras se crean y producen sofisticados elementos para el confort y el esparcimiento, que todos desean tener.

Mientras una racional distribución de ese enorme potencial podría otorgar una era de bienestar agradable para todos, el narcisismo humano impone una competencia cada vez más despiadada.

b)- La naturaleza hizo en su momento determinada distribución de roles, otorgando a los sexos los atributos necesarios. A la mujer, el útero y las mamas indicaron un camino. Al hombre, la fuerza muscular, le indicó otro.

Hoy, todavía los atributos femeninos son tan necesarios como en la edad de piedra.

Mientras la fuerza muscular lleva al hombre más bien a la cárcel o al hospital.

La cultura ha convertido el rol del hombre en la responsabilidad de velar por la economía del hogar. Puede ser mucho más agradable embarzarse que obtener el dinero necesario para el status social deseado. Y la fuerza muscular es más bien un obstáculo donde lo necesario es astucia, un atributo que ambos sexos poseen por igual. Si el hombre fracasa en el cumplimiento de su rol, podrá regresar al uso desesperado de su atributo natural, pero ahora contra su compañera o sus hijos.

Indudablemente, la competencia en la pareja, está lejos de haber encontrado un equilibrio que pueda considerarse justo. El hombre jamás podrá embarzarse, la mujer, con o sin la ayuda de la tecnología, puede desempeñar cualquier tarea que la cultura reservaba al hombre.

Es un logro para ambos el acceso a una mejor educación sexual. Pero que la mujer puede alcanzar el orgasmo y que no es un objeto para el exclusivo placer del hombre, aún no es una verdad universal. La educación religiosa continúa difundiendo prejuicios muy lamentables.

Es conveniente que la invitación al acto sexual surja de ambos lados, pero también es conveniente que la invitación no se convierta en exigencia.

c)- La longevidad introduce serias contradicciones en la relación de pareja y la familia.

Los sistemas de prevención social se ven superados. El ocio que podría ser bien aprovechado, abre mas bien la puerta de la depresión, favorecida por la pérdida del poder de seducción que la juventud posee sin esfuerzo ninguno y el rechazo social que significa la impotencia económica.

La sexualidad de la senectud se encuentra con prejuicios de toda índole, llevando a su renuncia, lo que parece mucho más fácil que buscar las posibles soluciones.

La medicina se preocupa y logra prolongar la vida, pero el caldo de cultivo social no está preparado, salvo en privilegiados lugares del primer mundo, para que los años avanzados sean una bendición.

Es fácil de aceptar una ley natural que impone mayor preocupación a los padres por los hijos, que a éstos por aquellos. Ante la enfermedad de los hijos, los padres no cesan de preocuparse. Frente a la enfermedad de los padres, suelen competir los hijos para que otro se haga cargo. Si alguno muestra una sincera preocupación y se hace cargo del cuidado de un padre anciano y enfermo, puede mantener mucho tiempo esa inquietud, pero también puede cansarse al poco tiempo y desear la muerte del enfermo, lo que puede traer, al mismo tiempo, intensa culpa.

La convivencia de una pareja puede resultar magnífica si ambos miembros realmente se lo proponen....y logran no perder la paciencia en el intento.

La pareja es una planta muy delicada. Bien cuidada, brinda mucha satisfacción, pero fácilmente se echa a perder.